

causar su obra á los vencedores, á los dominadores de cadáveres, de ruinas y de escombros.

Así pereció Sagunto (1) despues de ocho meses de asedio (534 de Roma, 219 antes de J. C.). Primer ejemplo de aquella fiereza indomable que tantas veces habrá de distinguir al pueblo español (que por españoles contamos ya á los saguntinos, aunque griegos de origen, despues de mas de cuatro siglos que vivian en nuestro suelo, como nadie ha dudado llamar africanos á los cartagineses, por mas que fuesen una colonia de Tiro), y glorioso aunque triste monumento de la fidelidad que supieron guardar á los romanos (2). Fidelidad inmerecida, y borron eterno para Roma, que tan mal correspondió á tanta constancia y lealtad. Con razon murmuraban los romanos mismos la lentitud y apatía de un senado que malgastaba en embajadas y discursos el tiempo que hubiera debido emplear en enviar socorros. *Dum Romæ consulitur, Saguntum expugnatur*, se decia en Roma, y el dicho se hizo proverbial.

Ocupa hoy el lugar de la heroica y famosa Sagunto la ciudad de Murviedro en la provincia de Valencia, donde todavía se conservan restos y vestigios preciosos de su antigua grandeza; la historia conservará perpetuamente la memoria de su heroísmo.

CAPÍTULO IV

Aníbal en Italia: los Escipiones en España

DE 219 ANTES DE J. C. Á 211

Declaracion de guerra entre Roma y Cartago.—Prodigiosa marcha de Aníbal.— Los Pirineos.— Los Alpes.— Sorpresa de Roma.— Combates y triunfos de Aníbal.— En el Tesino.— En Trébia.— En Trasimeno.— En Cannas.— Susto y terror de Roma.— Aníbal en Capua.— Venida de Cneo Escipion á España.— Bate al cartaginés Hannon y le derrota.— Venida del cónsul romano Publio Escipion, hermano de Cneo.— Casi todos los pueblos de España se declaran por los romanos.— Los Escipiones se apoderan de Sagunto.— Angustiosa situacion de los cartagineses.— Se recobran y vencen en dos grandes batallas.— Masinisa.— Mueren los dos Escipiones.— Congoja de los romanos.— Arrojo y heroicidad de Lucio Marcio.— Hace cambiar de nuevo la suerte de las armas.— Claudio Neron en España.

Hondo disgusto y emocion profunda causó en Roma la noticia de la destruccion de Sagunto, que llegó al mismo tiempo que sus embajadores regresaban de Cartago. Figurábanse ya ver al intrépido africano franqueando los Alpes, y aun se le representaban á las puertas de la soberbia ciudad. Conocieron entonces de cuánto era capaz el jóven capitán cartaginés. Lo que al senado inspiró terror, produjo indignacion en los ciudadanos: acusábanle estos de haber sacrificado por su indolencia y flojedad una ciudad aliada y de haber comprometido el buen nombre de la república: difícilmente podia el senado justificarse de estos cargos. Era ya la guerra una necesidad; la guerra estaba en el sentimiento público, y pueblo y senado unánimemente la resolvieron.

Todavía sin embargo envió Roma nueva embajada al senado cartaginés para preguntar si la destruccion de Sagunto habia sido obra de Aníbal solo, ó si habia obrado con acuerdo y de mandato de la república. Extraña insistencia, que solo puede comprenderse por el estudio y conato de Roma en hacer mas y mas patente á los ojos del mundo la justicia y fundamento de la guerra que iba á emprender. La respuesta no fué ni mas explícita ni mas satisfactoria que las anteriores. Entonces uno de los cinco enviados romanos, y á lo que parece el principal entre ellos, Quinto Fabio Máximo, plegando la halda de su toga y extendiendo el brazo, «Senadores, les dijo, aquí os traigo la paz y la guerra; escoged.— Elige tú mismo, le respondieron á una voz.— Pues bien, elijo la guerra, contestó soltando el manto.— La aceptamos, exclamaron todos.» La segunda guerra púnica entre Roma y Cartago quedó declarada.

(1) Polibio, Appiano, Livio, Plutarco, Floro y otros.

(2) *Fidei erga romanos magnam quidem sed triste monumentum.* Flor. Epit. lib. II.

Vinieron entonces á España aquellos embajadores romanos al propósito de negociar alianzas con los naturales del país, y remontando por la ribera del Ebro, fácilmente se granjearon la amistad de los bargusios, pueblos cercanos á los ilergetes, que disgustados de la dominacion cartaginesa, deseaban cambiar y mejorar de fortuna. Otras pequeñas poblaciones y tribus de las márgenes del Ebro abrazaron á ejemplo de los de Bargasia el partido de Roma. No así los volcios, que con desdenosa mofa: «Id, les dijeron, id á buscar aliados allá donde la suerte de los saguntinos sea ignorada. Las ruinas de aquella desgraciada ciudad son para todos los pueblos de España una leccion saludable, que les enseña lo que se puede fiar del senado y del pueblo romano (3).» Dura y áspera respuesta, pero harto bien merecida, y en bocas rústicas admirable. Iguales ó parecidas contestaciones recibieron de otros pueblos de España. Disgustados de este desabrimiento los senadores, dejaron la Península, y partiéronse á la Galia Narbonense, donde en vano solicitaron tambien de aquellas gentes la declaracion de negar á Aníbal el paso por sus tierras, si por acaso, como temian, se dirigiese por allí á Italia. Limitáronse los galos prudentemente á guardar neutralidad, sin dejar por eso de aparejarse en armas, y estar preparados para lo que acontecer pudiese; con lo que mas y mas desazonados aquellos negociadores, tuvieron por bien regresar á Roma por Marsella.

Aníbal, retirado á cuarteles de invierno en Cartagena despues de la toma de Sagunto, habia concedido licencias temporales á sus tropas, con la órden de que se hallasen de nuevo reunidas en aquella ciudad en la primavera inmediata. Admirable organizacion de los ejércitos de aquel tiempo, en que siendo el servicio de las armas un contrato voluntario entre los soldados y los jefes, la religion del juramento era la que mantenía la disciplina. Aprovechó él mismo aquel descanso para ir á dar gracias á los dioses en el templo de Hércules de Cádiz, y ofrecerles nuevos sacrificios y votos para que le asistiesen propicios en la grande empresa que meditaba.

Hecho esto y llegada la primavera, reunidas otra vez en Cartagena sus tropas, enviados á Africa sobre quince mil españoles para que guarnecieran á Cartago, y traídos de allí casi otros tantos africanos para la defensa de España que encomendó á su hermano Asdrúbal, dejándole además cincuenta galeras que poder oponer á las fuerzas marítimas de los romanos, recogidos los rehenes de las ciudades confederadas en el castillo de Sagunto que confió al cartaginés Bostar, púsose en marcha á la cabeza de noventa mil peones, doce mil caballos y cuarenta elefantes. Franquea el Ebro con aquel formidable ejército compuesto de soldados de diferentes naciones: sujeta de paso á los ilergetes, á los bargusios, á los ausetanos y lacetanos: deja al cargo de Hannon la defensa de los países situados entre el Ebro y los Pirineos con un cuerpo de once mil hombres, entrega á Andubal, rico español con quien habia hecho amistad, los bagajes del ejército, y metióse por las asperzas de aquellos montes. Supo allí que tres mil carpitanos, disgustados de verse llevar á tierras tan lejanas, habian abandonado sus banderas, y lejos de mostrar desazon por ello, licenció espontáneamente á otros siete mil españoles que conoció le seguian de mal grado, con cuyo ardid hizo entender que habia licenciado tambien á los primeros. Singular y astuta táctica la de aquel caudillo. Pasa pues los Pirineos, sujeta ó tranquiliza los galos de la vertiente septentrional, y campa á orillas del Ródano.

Verifica luego el paso de este rio, y se dispone á salvar los Alpes cubiertos de nieve (octubre de 218 A. de C.). Empresa espantosa, y hasta entonces sin ejemplo. Pero ni las nieves le acobardan, ni las inmensas rocas le asustan, ni le arredran los precipicios, ni le detienen las emboscadas que á cada paso le arman aquellos montañeses. De todo triunfa y todo lo arrolla, y todos le siguen; porque el dios de su patria (ha dicho) se le ha aparecido en sueños y le ha prometido la victoria, y trazádole las roscas de una serpiente el sendero que debe seguir. Remonta la cumbre de los Alpes, y enseña con alegría á los soldados las fértiles llanuras del Pó, y les señala el punto donde

(3) Polib. lib. III.

debe hallarse Roma. Desciende aquellos terribles desfiladeros, entra en el país de los taurinos, y baja hácia el Pó. Es la marcha mas atrevida de que nos da noticia la historia militar de la antigüedad. Aníbal no la habia hecho impunemente: del grande ejército que habia sacado de Cartagena solo le quedaban veinte mil infantes y seis mil caballos (1). Pero eran soldados á prueba ya de fatigas y de intemperies, que lejos además de su patria necesitaban vencer ó morir: fiaban en la experiencia y el valor de su general; este contaba tambien con las buenas disposiciones de los galos en su favor; y por último, Aníbal estaba en Italia, y veía cumplidos sus sueños dorados.

Roma no habia podido imaginar ni tanta audacia ni tanta rapidez. Creíale todavía en España. Asombrado se quedó el cónsul Escipion cuando supo que los cartagineses habian atravesado el Ródano. El primer pensamiento de Roma al declarar la guerra habia sido mandar un ejército á España al mando de Publio Escipion, otro á Africa y Sicilia al de Sempronio, y otro á la Galia Cisalpina al del pretor Manlio. Mas informado Escipion de la marcha de Aníbal, y no habiéndole alcanzado ya en el Ródano, retrocedió á defender la Italia, y dividiendo su ejército y enviando la mayor parte de él á España al mando de su hermano Cneo Escipion, pasó á esperar á Aníbal al pié de los Alpes. Encontráronse en el Tesino. Dióse un combate, en que quedaron derrotados los romanos y herido Escipion, que hubo de abrigarse en los muros de Plasencia.

Llamaron los romanos á Sempronio, que en Sicilia acababa de causar grandes descalabros á los cartagineses. No tardó en hallarse Sempronio á presencia de Aníbal á las márgenes del Trébia. Con la arrogancia del vencedor presentó Sempronio la batalla. Pronto hubo de arrepentirse de su imprudencia. Desbaratóle Aníbal con pérdida de treinta mil combatientes. Tan señalado desastre produjo un terror pánico en los romanos, y movió una sublevacion general en la Galia Cisalpina. No vacilaron ya los galos en ponerse del lado de los cartagineses, y hallóse Aníbal otra vez á la cabeza de noventa mil guerreros.

Dirigiese despues hácia Arecio por el camino menos frecuentado. Vuelve á encontrar á los romanos; atrae al cónsul Flaminio (no menos presuntuoso que su predecesor) á una posicion desventajosa; fuérgale á aceptar la batalla, y un nuevo ejército romano es derrotado á orillas del lago Trasimeno (año 217).

La noticia de este tercer desastre difunde el espanto en Roma. Creció el terror cuando el pretor Pomponio dijo á la asamblea del pueblo: «Romanos, hemos sido vencidos en un gran combate.» Acudieron entonces al remedio usado en los trances apretados y extremos, y fué nombrado dictador Quinto Fabio Máximo, llamado luego el *escudo de Roma*. Nombró este por general de la caballería á Quinto Rufo Minucio. Fueron consultados los libros de las Sibilas, y se votó una primavera sagrada. Era Fabio un general en todo diferente de Sempronio y Flaminio. Astuto, prudente y circunspecto, sin perder de vista á Aníbal mantenía siempre á una conveniente distancia: nunca este le pudo obligar á combatir. Murmurábanle las tropas y le llamaban el *contemporizador*, el pedagogo de Aníbal. Solo el cartaginés sabia apreciar en su verdadero valor aquel sistema militar. Logró una vez Fabio estrechar á Aníbal cerca de Casilino en la Campania. Pero el sagaz africano, recordando la estratagemas que en otra ocasion habian empleado con su padre los celtíberos, soltó en direccion de los romanos dos mil bueyes con sarmientos encendidos sobre las astas, y á favor del desórden que esparcieron en las filas enemigas logró salvar el desfiladero.

Gran descontento causó en Roma esta noticia. Dióse á Minucio iguales poderes que á Fabio: atacó aquel con sus tropas á Aníbal: cercóle este por todas partes, y le escarmentó: el temerario Minucio hubiera perecido sin la llegada de Fabio. Sin embargo, dimitió su dictadura. Los cónsules que le sucedieron adoptaron el mismo sistema de contemporizacion, hasta rayar ya en negligencia. Pero cansado el pueblo de tantas dilaciones, y persuadido de que los nobles prolongaban con deliberada intencion la guerra, quiso tener un cónsul verdaderamente plebeyo, y nombró á Varron (2), que blasonaba de que le bas-

(1) Polib. ibid.

(2) Era Terencio Varron hijo de un carnicero.

taba un dia para ver el enemigo y vencerle. Fué asociado el patricio Paulo Emilio, amigo y discípulo de Fabio Máximo. Tan presuntuoso Varron como Sempronio y como Flaminio, y mas confiado que ellos, acampó cerca de Aníbal á las márgenes del Aufido, cerca de Cannas. Sordo á los consejos de su colega, empenóse en combatir á todo trance. Por desgracia de Roma tocábale aquel dia el mando á Varron (que era costumbre alternar en él diariamente los cónsules), y desplegó arrogantemente delante de su tienda el manto de púrpura, señal de la batalla. Regocijóse grandemente Aníbal y la aceptó.

Dejemos á los historiadores romanos la sentida descripcion de la memorable batalla de Cannas, que inmortalizó á Aníbal, que le señaló al mundo como el mejor capitán de los tiempos antiguos, y que llenó de luto y de estupor á Roma. Diez y seis legiones, que componian ochenta mil infantes y siete mil caballos, habian presentado los romanos al combate. Acrecia sus filas la flor de los caballeros romanos. Menos de la mitad eran en aquella sazón los de Aníbal. Peleaban con él los galos con sus largas espadas, los españoles con sus cortos y aguzados sables, los terribles honderos mallorquines y la feroz caballería nómada. Cebáronse unos y otros en la matanza y cansáronse sus brazos de acuchillar enemigos. Mas de cincuenta mil romanos quedaron tendidos en la arena; prisioneros de diez á doce mil. Acribillado de heridas cayó el valeroso Paulo Emilio, que exhaló su grande alma enviando á decir á Roma que cuidara de su propia defensa. Perecieron multitud de senadores, de tribunos, de generales y de caballeros. Tres modios y medio de anillos arrancados á los cadáveres fueron derramados en el vestíbulo del senado de Cartago (216).

Vistió Roma de luto. La abandonó la Italia meridional y ofreció su alianza á Aníbal: hicieron otro tanto el Abruzzo, la Lucania y varios otros países. Aníbal marchó adelante, y enarboló la bandera de Cartago en una colina desde donde se divisaba la ciudad eterna. Roma temblaba, y temblaba con razon, porque rugía demasiado cerca el terrible leon nómada. Pero alejóse Aníbal, y fué á establecer sus cuarteles de invierno en Capua. Entonces fué cuando le dijo Maharbal aquellas célebres palabras que tanto despues se han repetido: *Sabes vencer, Aníbal, pero no sabes aprovecharte de la victoria.* No discutiremos nosotros si obró ó no prudentemente en no acometer á Roma. Dejémosle gozar *las delicias de Capua*, que tanta celebridad adquirieron en la historia, y que tan fatales fueron á su estrella, y veamos lo que en España durante su famosa expedicion acaecia.

Muy diverso rumbo llevaban y con mas próspero viento corrian las cosas en España para los romanos del que allá en Italia les soplaban. Arribado que hubo Cneo Escipion, el hermano de Publio, á Ampurias, primer pueblo español en que penetraron las águilas romanas, procuró atraer á sus banderas á los naturales, que descontentos de los cartagineses, sin gran dificultad aceptaron la alianza de un hombre que se presentaba, no como conquistador, sino como reparador del agravio hecho á los saguntinos. Tal era la política de Roma. Así dominó pronto toda la costa oriental desde los Pirineos hasta el Ebro (218). Pero necesitaba el romano adquirir el prestigio de vencedor y adornarse con la aureola del triunfo. Proporciónósele Hannon, á quien vimos habia encomendado Aníbal la defensa de esta parte de España, con una batalla en que sucumbieron cinco ó seis mil cartagineses, quedando prisionero él mismo, y cayendo además en poder de los romanos los bagajes que Aníbal al pasar á las Galias dijimos habia dejado confiados al español Andubal. De buen agüero fué para los supersticiosos romanos el resultado del primer combate que se daba en España entre las armas de las dos repúblicas.

No fué mas venturoso Asdrúbal en una expedicion marítima que para vengar el desastre de Hannon emprendió la primavera siguiente. Cuarenta naves cartaginesas habian salido de Cartagena á las órdenes de Himilcon, mientras Asdrúbal con el ejército marchaba por tierra costeando en la propia direccion para proteger la escuadra. Súpolo Cneo, y partiendo de Tarragona con una armada de treinta y cinco velas, logró sorprender la de Cartago á las bocas del Ebro; apresó veinticinco naves, echó las otras á pique ó las hizo varar en la costa